



## Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

victorae@colef.mx

# De clase mundial

La frase la importamos, como casi todo, de un modelo de planeación muy en boga en los años noventa: el de la “planeación estratégica”. Queriendo parecernos a los países desarrollados, se impuso como moda en las instituciones mexicanas. Con buenos resultados en el mundo de la empresa privada, sobre todo porque las variables pueden ser controladas (recursos humanos, materiales y financieros), los gobernantes nacionales creyeron descubrir que el ámbito público era igual al mundo de los negocios. Sin embargo, en los países desarrollados ya se había cuestionado el modelito, pero nosotros apenas lo íbamos descubriendo. Esa parece ser la eterna historia de la administración pública y de otras dimensiones de la vida mexicana.

Para no quedarnos atrás en el terreno de las innovaciones, le adicionamos toda la carga de las teorías de la “autoayuda”. El “sonríe y la fuerza estará contigo” se incorporó como principal filosofía de trabajo en las instituciones gubernamentales. La mezcla dio como resultado una patética suerte de híbrido administrativo: organizaciones anacrónicas e ineficientes con un discurso jubilado en el primer mundo. La frase que sintetiza ese cuerpo burocrático deforme es: “Ya somos de clase mundial”.

Cuando uno observa el funcionamiento de las organizaciones en los países desarrollados, se da cuenta de que éstas en verdad funcionan y que han eliminado muchos de los absurdos procesos administrativos. La palabra es un valor esencial; no sólo para evitar el papeleo y el exceso de trámites, sino para realizar cualquier tipo de acuerdos y negocios. En una institución de este tipo se asombran cuando un mexicano alude al discurso de “la clase mundial” y te preguntan que si eso es donde lo exhiben. Evidentemente, un funcionario mexicano de “primer nivel” sacaría su lap top y les proyectaría todas las mejoras organizacionales que la frase implica. Y al final concluiría que los

mexicanos somos tan de clase mundial que hasta a quienes viven en países desarrollados tenemos que enseñarles cómo hacer las cosas.

Uno de los signos del atraso en las instituciones públicas mexicanas es el exceso de regulación. Si algo no funciona, no indagamos en las causas, escribimos una norma. Como además, la nuestra es una cultura basada en la desconfianza, el resultado es una absurda espiral de normas, leyes, decretos, reglamentos. Además, toda nueva administración piensa que se diferenciará de su predecesora si apuesta por nuevas reglas. El resultado es la ineficiencia y la parálisis. La forma de salir de eso, se cree, es la formulación de otras reglas pero sin tomar en cuenta las anteriores. Normalmente los funcionarios recién estrenados creen descubrir el hilo negro e imponen normatividades que ya fueron desechadas en el pasado. La cultura gubernamental no incluye la memoria institucional. Muchos creen estar transitando a un nuevo modelo, cuando de lo que se trata es de una verdadera restauración.

El discurso de la “clase mundial” se importó sin partir de un verdadero diagnóstico y del conocimiento de la realidad del país. Por ejemplo, en el terreno educativo se piensa que introduciendo evaluaciones a docentes y alumnos se resolverán los graves problemas del sistema educativo. Pero esta misma semana se divulgó un estudio de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), donde se afirma que México es el último lugar de la OCDE en inversión educativa por alumno. Eso sí, exigimos resultados sin importar el resto de las variables que determinan los procesos educativos. Adoptamos el discurso y luego dios dirá. Se piensa que a fuerza de repetir una serie de frases la realidad se transforma.

No creo que la vida pública nacional cambie por buenos deseos. Se requiere una verdadera transformación de las instituciones. Tenemos ya muchos años repitiendo la frasesita y las funciones

cotidianas no han cambiado. Un nuevo modelo de administración pública requiere de una verdadera reforma del Estado y ésta no tuvo lugar en México. Creer que con sólo buenos propósitos y altas dosis de autoayuda se logra, es

sumamente limitado. Me temo que así nunca seremos de “clase mundial”; a lo mucho una patética caricatura de país desarrollado.

El autor es investigador del Colegio de la Frontera Norte.